



por JERÓNIMO  
CALERO

## Sr. Jerónimo Calero Calero. SIEMBRA

Estimado amigo:  
He leído con notable interés su extenso artículo titulado «Raza», y he de manifestarle mi desacuerdo con muchos de los planteamientos que Vd. utiliza para... ¿justificar su conciencia?

No es cierto que a los payos y a los gitanos nos separen años luz en costumbres y en manera de interpretar la vida. Sobre todo porque esa vida -temporal y prestada- que cada cual afronta como puede y a la que se llega sin código de instrucciones, es un mero tránsito hacia otra dimensión donde, posiblemente, ninguno de los planteamientos que ahora nos hacemos sirvan para gran cosa.

Si tuviéramos en cuenta que la razón primordial a la que debe aspirar el ser humano es a hacer de la Tierra un lugar acogedor, donde la vida no fuera una carga para nadie; si pensáramos que llegamos a este mundo totalmente desposeídos y que los bienes que la Tierra pone a nuestra disposición son de todos en partes iguales y proporcionales; si comprendiéramos que lo que unos posean en mayor medida que otros, es fruto de una injusta e ilícita apropiación; si analizáramos, en fin, de manera razonada y humana, llegaríamos a conclusiones bien distintas.

Yo creo -y permítame decirselo con la mayor cordialidad- que lo que Vd. en realidad tiene es miedo: miedo a reconocer que ha tenido más suerte que otros; miedo a comprender que no es justo que unos gocen de unas ventajas que otros no pueden ni siquiera imaginar; miedo a ser solidario, a perder parte de sus privilegios en favor de quienes no los tienen; miedo a que le recuerden que existe esa otra forma de vida tan cerca de Vd. Simple y llanamente, miedo a asomarse a sus propios fantasmas.

Los focos marginales, ese núcleo que Vd. de manera educada pretende erradicar a base -no lo dudo- de buenas intenciones, son la única piedra de salvación que le queda al ser humano. Ellos son



el despertador de nuestras conciencias; porque de verdad, Sr. Calero, estamos dormidos en nuestra propia complacencia; tan dormidos que dejamos morir por falta de calor a nuestros ancianos. No tenemos sitio en casa, decimos a manera de justificación, mientras nos dirigimos a solicitar plaza en la residencia más cercana; tan dormidos que nos hemos aislado en nuestras confortables salas de estar a ver pasar un mundo

que nos resbala por tan cotidiano. Qué lastima, decimos ante esas miradas inocentes que darían una mano por poder hincarle el diente a ese resto del filete que ya nos viene grande.

Ya sé que Vd. va por otros derroteros, que únicamente se cuestiona la convivencia con quienes no se ajustan a los esquemas establecidos. Pero, de verdad, ¿existe un esquema con la suficiente proyección para esa convivencia?

Todos decimos: ¿Y qué puedo hacer yo? Pero ante esa pregunta, hay gente que responde. Son los abanderados de una nueva concepción de la humanidad; son los solidarios, los valientes, los locos, que renunciando a un poco de su tiempo, de su egoísmo, se aprestan a este reto que hoy tiene nuestra sociedad. Son vecinos nuestros, amigos nuestros, manzanareños como Vd. y como yo, que en entidades no gubernamentales, o paralelas a la Iglesia, entregan lo mejor de sí mismos en una tarea de escasa recompensa si todo se midiera con el rasero de la inmediatez, pero de óptimos resultados si lo que se pretende es descubrir la razón de nuestra existencia.

Quizá su artículo haya sido el punto de partida necesario para plantear posturas, para iniciar un diálogo imprescindible en una sociedad capaz de llamarse humana.

Y para ello, junto a todos los que quieran analizar seriamente esta situación, quedo a su entera disposición.

Atentamente:

Jerónimo Calero Calero